PAÍS DE AGUA, NACIÓN DE LUZ

Manuel Tejedor Rábano

Primera edición, mayo de 2024
© Manuel Tejedor Rábano, 2024

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN:978-84-10236-37-0
IBIC: DCF
DEPÓSITO LEGAL: M-11288-2024

PAÍS DE AGUA, NACIÓN DE LUZ

Manuel Tejedor Rábano

avant
editorial

Parte I:
País de agua

País de agua, nación de luz

Me persiguen las aguas con sus países acuosos,
la nación de la luz con sus mareas.
Como si los ahogados empapados conquistasen la humedad,
el abrasado en el desierto de sol conquista la claridad.

Cuando aparezcan sus ondas y fluidos,
yo seré otro irreconocible.
Con delectación todo se recreará
en hermosura.

Te he visto de mil faces en nocturno plenilunio
por las crestas de las mareas y aún no te conozco.
Te he adivinado en mil penumbras, flotando en azares y sortilegios,
hacías el crepúsculo del alba y el albor crepuscular.

Tu aparición de nación iluminada
lucha con denuedo entre dos aguas.
Un brazo sostiene la corriente celeste,
el otro la vida que crece, sin agua y luz acuna y mece.

Hay rayos que solean las almas,
y de la ardiente luz, frescas sombras.
Hay vientres de botijo
donde la sed reposa, se calma.

En esta nave de locos tripulante soy.
¡Nos hundieron! Pero no naufragamos.
Mis amigos, ¡los ahogados!, los recuerdo,
o sea, mi memoria nuevamente los pasea por mi corazón de agua.

Y mi nostalgia es traerlos de sus sombras.
Convocados: levantarse de sus tumbas,
erguidos: apartar la fría losa de mármol,
de las entrañas de tierra: su esplendor.

Y la piedra blanca en escalofríos
¡ya tiembla!
y un hálito de su pupila de hielo y cera
¡ya tiembla!

El río: sentado a la orilla de mi espanto

Sentado a la ribera del río que pasa,
reclinado a la orilla del espanto.
Troncos sueltos a la deriva, aun os crecían ramas.
Tras la estela del alma aun el alma es luz de llanto.

Suenan las sirenas de los barcos,
aún debo crear mis propios recuerdos.
Troncos amarrados a la deriva, aun os crecían partidas.
Veo discurrir los bosques de aguas, arrastrando barcos aulladores. No
[parto.

Sentado al borde de mi tumba para meditar,
abajo el foso: su túnel de ternura me anhela.
Yo le digo al remero de las sombras: «Espérame en tu reino, iré en…
de viento, quiero ver crecer, aun sin luz, una brizna de mi yerba».

Después iré dejando mi pánico sobre la corteza de la tierra,
permitiré a tu universo que guarezca mi esqueleto,
arropándole como caballero con negra capa española
y danzaré en tu plaza, aun los huesos nerviados, tu copla.

Y, si puedo, haré de la luz cuentas de cristal,
del largo camino solo pasos entrañables,
de la gravedad de los mundos alas.
Aun si me tabletearan las tabas por el miedo, haré del agua un poema
[de ríos: soy artista del vértigo.

Remen

Alrededor de la medianoche lo invisible merodea,
surge de mascarón de proa la voz de la tiniebla.
Alumbran el tragaluz las ánimas de las tripulaciones muertas,
abordándonos por los callejones del mar que nos rodea.

Dejan de remar los forzados de galeras.
Enredados en un mar de sargazos, crece la hierba,
de la cripta húmeda se evaden las almas serenas.
La atracción de cuerpos es fascinación que nos aterra.

«¡Remen!», brama, aterrado, el capitán sobre cubierta,
ya el viento es apenas despojo entre las velas.
¡Soplo mortal en persecución del soplo del alma!

Agua salada salpicaba nuestras faces pálidas,
amor de agua de lluvia emborronaba las lágrimas,
las profundidades ya cercaban el corazón del arrecife.

El navío pétreo

A bordo, los sonidos rugidores del proceloso mar,
irreconocibles las caretas de marineros que al bajel gobiernan.

Sus esqueletos trepan por los mástiles hacia las velas,
refulgentes, como peces abisales, pretenden izar
los tendones y los músculos hacia la fiebre de las estrellas.

Algunos caen conmocionados sobre cubierta,
otros creen poder volar y vuelan tras los albatros,
desoyendo de un monstruo pelirrojo, llamado patrón, el mando.

Acecho de la noche, que su negrura llegue al cenit,
la melancólica hora en que los desquiciados duermen.
Taconea la dama sobre cubierta pétrea el placer del remo,
a barlovento pasea, con delicados pies, la levedad de su espectro.

Cortina de lluvia

El salto de mi herida me precipita a tu abismo.
La cortina de lluvia quiso hablarme
de sus sentimientos en el agua escritos,
el pensamiento de las nubes deshilachábase.

No puedo escribir con gotas de agua
ni hablarte con palabras de niebla,
ni de luz hacer con mi interior estatuas.
Mi tiempo formas de nubes deshechas.

Relampagueó el rayo sus hilos de acero.
Era mi espacio distancia de gotas,
en este lugar las letras de ideas han muerto.

Solo la torre de la soledad es sólida.
Gestación de tu seno materno para mí nonato,
las almas que vas creando pásanme de largo.

Aguas profundas

Miré hacia el timón donde no había nadie,
era capitán, dirigiendo el rumbo hacia el deseo de memoria.
Los marineros habían desplegado velas de espuma en el aire.
Ceñí a mi cintura un sable de pirata sin historia.

Miré del profundo esplendor verde las carnes del abismo
hendirse en mi alma de cuchillo por espíritus acuosos.
Desde el fondo, me clavaba su mirada un horizonte de despojos,
sobre cubierta me buscaban los corsarios para colgarme el destino.

Surgió mi nave espectral de nítidas aguas profundas,
entrañas líquidas de mi amada, que anegan mi espíritu,
tentáculos profundos de un lecho que me arropa con simpatía.

Una vez, a mi lado, todas las aguas de mar fueron mi sangre,
habían sido la aventura de los ríos cuando recorrí el mundo.
Recuerdo de su paisanaje el grito sobrenatural del buen patrón:
«¡Todos a bordo… arrecia el temporal del buen amor de Dios,
pretendiendo en un mar de su belleza a todos ahogarnos!».

El príncipe negro

Inhalo el aire del vuelo de las velas,
rindo pleitesía al albatros: mi príncipe del mar.
Súbditos entre mis manos del mundo sus esferas,
la sombra de agua de sus reyes no me alcanza a gobernar.

Respiro de los ardientes suspiros de mis amadas,
bato mi espada con la del capitán más innombrable
y evoco los horrores con un puñado de hombres de palabra.
Mi bajel ha entrado en la geografía intemporal, insaciable.

Mi historia es la aventura del terror al movimiento,
la gaviota, de rama, lo trae en el pico después de navegar a mi par.
Si alguna vez me alcanzase vuestra inmovilidad, merecería el
[apresamiento.
Reniego del espanto de la tregua: ¡Colgadme de la verga!
Ya se levantará la brisa que, balanceándome, me aleje para navegar.

Espejo de palabras

Recogió el dolor líquido del mar por la borda
y no pudo arrojar su vómito a las aguas.
Le pinchó en alta mar la espina de la rosa,
en el puerto lo esperaba la rosa desangrada.

Vastas aguas de mar ligeras en la aleta,
no gravita la gaviota en el viento.
En la tempestad, la felicidad se presenta,
olas y huracán son carne de marinero.

Destilaba su aliento un vino que embriagaba,
reunión en el horizonte de gotas y moléculas.
Una incisión del movimiento reposaba,
hay un espejo que refleja la palabra tierra.

De la gota de agua dulce o salada, separada en hielo,
del copo de nieve, de la estrella de rocío abatida,
de las aguas ciegas al vientre de tierra iluminan.
Su nombre es liquidez, su nombre es frescura.

Beber del corazón

Esta mujer rómpeme el corazón
y ya no puedo recomponerlo.
Los labios me saldrán de la carnosidad del beso,
desde la oscuridad el árbol logra cielo.

Después de desnudarme en piel de mujer,
planeta deshabitado bajo la bóveda del cosmos,
iré a mojarme del agua sedienta de los mares.
Será de la medianoche la noche más bella.

El reloj marca la hora del destino,
ajustando los rotos cristales del corazón.
Quieren, nuevamente, que les traspase luz de alma.
Será la vida ya beber del vaso medio lleno.

Apurar del odre del corazón
un ardiente licor que una vez derramó.
¡Sangre inútil solo supo amarte!

La sangre

Arroja tu sexo sobre mi tumba.
Detrás de mí malas huellas no dejo,
de ti nada oculto me posesiona.
¡Vente conmigo a morar montañas, si sangran!

Nunca devoré otra sangre como la tuya,
espejo de la mía vertida.
No realicé nada rojo sobre otro cuerpo
que tanto me ensangrentara el alma.

Hay una bandera roja en esa esquina,
desgarrada por el viento,
empapada en sangre de mis heridas.
¡Ízala entre tus manos… nunca se arrió!

Empecé enarbolándola en el torrente de pasión,
hoy, tus candorosas manos la empapan de afecto.
¡Come ya mi carne animal que muere y yace!

Las agallas del pez

¿Qué quién soy yo?
El que en sigilo se acerca a las titiladoras estrellas,
portando una antorcha que nunca apaga el celeste viento de los dioses,
el que en el silencio que todo lo ordena préndelas de caos,
heridos soles que caen a tierra, derrumbados de luz.

Esa es la leyenda por la cual me persiguen los dioses
a través de sus virtuosos mundos virtuales,
pero los cazarecompensas del cosmos son mis amigos.
Les ofrezco algo más que ellos: su propia creación.

En este diálogo imposible van los hombres a beber
de sus propios labios el sagrado fuego en copos servido,
a comerse su propio corazón, cocido en un jugo de latidos.

Cuando atraviesen del disparate sus ondas de luz y agua,
en él está la creencia en las agallas que inventaron el agua,
la corriente del río que una vez imaginó un mar amar.

¿Qué quién soy yo?
Un fuego helado por la luz,
un latido carente de corazón,
agallas de pez sin corrientes,
ondas de agua y luz que surgiré
cuando atraviese el disparate.

Mareas de hiel

Tu corazón es el reflujo que absorbe
todas las mareas de la hiel,
cloacas donde no riele la luna,
fétido aliento de toda amargura.

Matas de hambre a las ratas que me devoran.
Mi pútrida calavera abandonada das de alimento
cuando no retumba en mi mente
el clamor de tus campanas.

Y me voy por la vereda del tambor de hojalata
a escuchar los himnos que de niño tocaba
y mi espíritu era polvareda en la llanura
de remolinos de viento sin esquinas.

Tus manos, cubiertas por la luz del acero,
avanzan, despiadadas, en la penumbra hacia mi pecho
porque quieres arrancarme a dentelladas los secretos del corazón.

¿Quién pudiera, andando por los caminos,
perder su alma entera miguita a miguita,
pedrezuela a pedrezuela?